
Domingo XXIII Semana del Tiempo Ordinario

CICLO B
8 de septiembre de 2024

Lectura del libro de Isaías

35, 4-7a

Decid a los inquietos:

«Sed fuertes, no temáis.

¡He aquí vuestro Dios!

Llega el desquite,

la retribución de Dios.

Viene en persona y os salvará.»

Entonces se despejarán los ojos de los ciegos,

los oídos de los sordos se abrirán;

entonces saltará el cojo como un ciervo

y cantará la lengua del mudo,

porque han brotado aguas en el desierto

y corrientes en la estepa.

El páramo se convertirá en estanque,

el suelo sediento en manantial.

Palabra de Dios

SALMO RESPONSORIAL

Sal. 145, 6c-10

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

El Señor mantiene su fidelidad perpetuamente,

hace justicia a los oprimidos,

da pan a los hambrientos.

El Señor liberta a los cautivos. **R/.**

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

El Señor abre los ojos al ciego,

el Señor endereza a los que ya se doblan,

el Señor ama a los justos. **R/.**

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

El Señor guarda a los peregrinos,

sustenta al huérfano y a la viuda

y trastorna el camino de los malvados.

El Señor reina eternamente,

tu Dios, Sion, de edad en edad. **R/.**

R/. Alaba, alma mía, al Señor.

Lectura de la carta del apóstol Santiago

2, 1-5

Hermanos míos:

No mezcléis la fe en nuestro Señor Jesucristo glorioso con la aceptación de personas. Suponed que en vuestra asamblea entra un hombre con sortija de oro y taje lujoso, y entra también un pobre con traje mugriento; si vosotros atendéis al que lleva el traje de lujo y le decís: «Tú siéntate aquí cómodamente», y al pobre le decís: «Tú quédate ahí de pie» o «siéntate en el suelo, a mis pies», ¿no estáis haciendo discriminaciones entre vosotros y convirtiéndoos en jueces de criterios inicuos?

Escuchad, mis queridos hermanos: ¿acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino, que prometió a los que le aman?

Palabra de Dios

Lectura del santo evangelio según san Marcos

7, 31-37

En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del mar de Galilea, atravesando la Decápolis. Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos. Él, apartándolo de la gente, a solas, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua. Y, mirando al cielo, suspiró y le dijo:

— *Effetá* (esto es, «ábrete»).

Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba correctamente. Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían:

—Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

Palabra del Señor
